

Ciudades seguras: fundamento material de la democracia

(Discurso de cierre)

Alfredo Rodríguez

SUR, Corporación de Estudios Sociales y Educación

ALFREDO RODRÍGUEZ, arquitecto (Universidad Católica de Valparaíso) y master en City Planning (Yale University). Se ha desempeñado como consultor en problemas urbanos en el Ministerio Secretaría General de Gobierno; como coordinador para América Latina del Programa GURI; como coordinador de la Red de Estudios sobre la Descentralización, con apoyo de CIID/IDRC. Es miembro del comité editorial de la revista EURE; coordinador de REDES, red de estudio de los servicios urbanos en América Latina; y ha sido secretario coordinador de la Comisión de Desarrollo Urbano y Regional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Clacso. Actualmente se desempeña como director ejecutivo de SUR Profesionales Consultores.

Santiago es una ciudad segura. Sin embargo, hay una fuerte percepción de inseguridad, que es aún mayor cuando se trata del uso de los espacios públicos. ¿Por qué me preocupa esto? Porque reduce la ciudad, de una construcción social y colectiva, a territorios privados e individuales. Se afecta así la convivencia, la tolerancia, la solidaridad, que son las bases materiales mismas de la democracia. Y es ese el tema que quiero rescatar de este seminario.

Existe poca información acerca de la violencia en las ciudades chilenas. Los estudios que comparan índices de violencia colectiva generalmente han considerado Santiago como una ciudad tranquila en el contexto latinoamericano.

Según información de la base de datos del Sistema de Información Técnica, del Programa de Análisis de la Situación de Salud (Organización Panamericana de la Salud, OPS), durante el período 1980-90 Chile se encontraba entre los países con tasas brutas de mortalidad por homicidios más bajas de América Latina. Confirman lo anterior las estadísticas nacionales entre 1986 y 1999.

A pesar de las estadísticas históricas sobre delincuencia en Chile, el tema de la seguridad ciudadana ha ocupado en los últimos años un lugar cada vez más prominente en la vida pública de la ciudad de Santiago, como lo muestra su recurrente presencia en los medios de comunicación y en las opiniones registradas en las encuestas.

Desde mediados de 1990 hasta la fecha, la delincuencia está apareciendo en las encuestas de opinión como uno de los principales problemas para las personas, y uno de los temas prioritarios para los que se demanda la acción del gobierno. En Santiago, la creciente *percepción* de inseguridad de la gente no está respaldada por un aumento del *número* de hechos delictivos. Según muestran estudios realizados en esta ciudad, la percepción de inseguridad está más relacionada con la mayor violencia incorporada en las acciones delictivas y con su mayor cobertura por los medios de comunicación, que con un aumento relativo de la totalidad de las acciones delictivas.

Es a esa percepción de inseguridad que quiero referirme brevemente, usando los resultados de una encuesta que hicimos hace un par de años atrás en SUR, que comprendió ocho ciudades de América Latina y de España y cuyos resultados publicamos en nuestro boletín *Temas Sociales* n° 26, "Santiago, una ciudad con temor" (agosto 1999). La

percepción de inseguridad en la ciudad era alta en el momento de la encuesta. El 80 por ciento de los encuestados se sentía inseguro en alguna parte de la ciudad. Cabe destacar que 72 por ciento de los habitantes que tenían una percepción de inseguridad en la ciudad de Santiago, nunca habían sido víctimas directas o indirectas de alguna acción de violencia.

La percepción de inseguridad aumenta a medida que las personas se alejan de su residencia. En las calles de su comunidad, de día, la sensación de seguridad es un poco mayor. En las mismas calles, de noche, la inseguridad es mayor. Sobresale el elevado porcentaje de personas que se sienten inseguras en el espacio público (66 por ciento de las personas encuestadas se sentía inseguro en los medios de transporte, y 71 por ciento en el centro de la ciudad), y esta percepción no varió en función del estrato social.

Los resultados indican, además, que la percepción de inseguridad altera algunas de las actividades cotidianas que realizan las personas en la ciudad, particularmente en lo que se refiere a las compras y, en menor medida, a las que se desarrollan en tiempo de ocio y recreo. Entre los que sentían una inseguridad intensa, 60 por ciento afirmó haber limitado sus lugares de compra, 43 por ciento haber limitado los lugares de recreo, 28 por ciento quería mudarse de barrio, y 11 por ciento había sentido la necesidad de adquirir armas.

En general, se puede concluir que las personas que se sienten inseguras en la ciudad tienden a adoptar actitudes más negativas hacia el sistema, y menos pacíficas en lo relacionado con la resolución de conflictos.

¿Adónde nos llevan estos resultados?

Nos llevan a concluir que la percepción de inseguridad afecta la vida social: las relaciones sociales disminuyen, se tiende a un autoencierro y se pierden los lugares públicos de encuentro. La ciudad tiende a la privatización de sus espacios. Este es un fenómeno frecuente en las ciudades de América Latina, donde los espacios públicos no protegen al ciudadano. Son espacios vacíos de ciudadanía o donde la ciudadanía se siente amenazada por la violencia urbana, delictiva o política.

En una ciudad socioeconómicamente segregada como Santiago, la percepción de inseguridad en los espacios públicos significa la casi nula

interacción entre habitantes pertenecientes a estratos sociales diferentes; o la creación de *Ersatz* de nuevos espacios públicos: los *malls*: espacios públicos que son espacios privados, con policía privada, negocio privado, normas privadas.

¿Por qué me preocupa la construcción de estos *Ersatz* de espacio público, de ciudad?

Algo muy del pasado ilustra bien lo que me preocupa: al final del medievo, en las ciudades de Europa Central, comenzó a aparecer en las puertas de las ciudades un letrero que decía: “El aire de la ciudad te hace libre”. Las ciudades comenzaron a recibir a los siervos que huían de los señores feudales, y que en las ciudades conseguían libertades políticas y personales. Así, en la tradición occidental la ciudad ha estado, desde hace siglos, unida a la práctica de la democracia y de la libertad. Cuando la inseguridad destruye la ciudad, cuando destruye el espacio público, destruye la posibilidad de la convivencia, de la tolerancia, del respeto al otro. En este sentido, la inseguridad mina las bases de la construcción de la democracia. Y es por eso que, desde una perspectiva de ciudad, me preocupa la percepción de inseguridad. Sea ella real o imaginaria, sus efectos son los mismos.

¿Por dónde podemos avanzar?

Haciendo un balance de lo que ha sido este día de discusión sobre la seguridad, quiero retomar algunos argumentos presentados, en los cuales se privilegia la ciudad como el lugar para el tratamiento de la seguridad, y al municipio y las comunidades locales como actores centrales.

José María Lahosa argumenta que el sentimiento de seguridad/inseguridad es algo más que una ausencia o presencia de delitos. Para él, ese sentimiento es una percepción y, por tanto, una construcción social. Estos sentimientos son representaciones de lo que consideramos peligroso en territorios determinados, y representaciones sobre las personas que en ellos habitan. Así, de acuerdo a estas representaciones, la ciudad puede ser el lugar de la convivencia y tolerancia o el espacio de la inseguridad. Y esto tiene consecuencias respecto a la toma de decisiones de los ciudadanos.

Para Bruneau y Vézina, la tasa de criminalidad y el sentimiento de inseguridad de la población son dos indicadores privilegiados de la “salud de la colectividad”. El crimen y la inseguridad tienen repercu-

siones negativas sobre la ciudad, tales como una disminución del desarrollo económico, el éxodo de sus habitantes, el temor a circular, el aislamiento de los ciudadanos y ciudadanas o la baja del turismo, por ejemplo. Desde este punto de vista, la seguridad es un valor que es necesario desarrollar, porque expresa nuestra capacidad colectiva de prevenir la violencia y la delincuencia, la reducción de la criminalidad. Es, por tanto, un elemento constitutivo de nuestra calidad de vida. Y desde esta perspectiva, la ciudad y las municipalidades (en cuanto órganos de gobierno) comienzan a adquirir un lugar central en el desafío de la prevención de la criminalidad.

Claudia Laub avanzó en la misma dirección al señalar que la calidad de vida en las ciudades se relaciona con la seguridad que sus habitantes alcanzan en su interior. La libertad de los habitantes para circular, movilizarse y permanecer en cualquier espacio urbano se relaciona con la forma de uso de las distintas áreas. Un uso constante y masivo de los espacios públicos, en un contexto de convivencia solidaria y de respeto a las diferencias, genera mayores posibilidades de protección social. Los ejemplos que Hugo Acero y Olenka Ochoa presentaron desde los municipios de Bogotá y Lima, demuestran lo anterior.

Franz Vanderschueren nos expuso un punto central: cuando se trabaja con las comunidades locales o con organizaciones sociales, no bastan las razones de mercado para que la comunidad actúe concertadamente. No es suficiente el razonamiento económico, lo importante es el discurso valórico.

Quiero terminar con tres imágenes referidas a hechos recientes que han ocurrido en Santiago y que tienen que ver con lo anterior.

Primera imagen: El Parque Forestal el domingo pasado. Quinientas mil personas —algunos dicen un millón— en el parque, disfrutando de la tarde: paseando, bailando, recostados en el pasto, con los carabineros a caballo formando parte de un mismo paisaje. ¡Qué diferente a aquellas imágenes en que el ir a una concentración de personas, era ir a una situación incierta!

Segunda imagen: El Día del Patrimonio Nacional. En la noche, por televisión, mostraban lo que había ocurrido al interior de los distintos edificios públicos. Recuerdo la imagen de una señora, de aspecto popular, cansada, que con toda naturalidad se había sentado en una vieja silla del Palacio de la Moneda.

Tercera imagen: Ese mismo día, al salir del Palacio de la Moneda, escuché a una señora comentando: “Las lámparas estaban un poco sucias, yo les habría sacado el polvo”.

Con estas tres imágenes quiero señalar que el espacio público es algo que la gente construye cuando lo usa, cuando se lo apropia. de lo contrario, no existe. Y para eso, hay que salir del encierro en lo privado hacia lo cual nos lleva el sentimiento de inseguridad. Un poco lo que la segunda y tercera imagen nos dicen: pasar de dueñas de casa a dueñas del patrimonio público, en cuanto a uso y cuidado.

Ese es el primer paso: usar el espacio público, perder el miedo, terminar con el sentimiento de temor e inseguridad.

El segundo paso, más difícil, está relacionado con lo que señaló un coronel de Carabineros en un comentario en la sesión de la mañana: cómo evitar que las personas se conviertan en delincuentes, lo que tiene que ver con *cómo* establecer una sociedad de la tolerancia, de la solidaridad, de la dignidad del trabajo.